

“Óleo sobre seda”

Tricia Docyhla Gerardo Myers

Do-re-mi

Tricia – Docyhla – Gerardo - Myers

(Myers)

No sé quién está detrás de mí, a veces ya no me interesa... espero sólo saber quién va delante...

Entre misterios y palabras cortadas, partidas, divididas estratégicamente a la mitad, aparezco con un nombre sin significado... Mi nombre viene de una mujer fragmentada y desaterrada, de un hombre que vuela y no canta, de las buenas raíces, de todas esas veces que se trata de hacer el bien y se termina haciendo el mal...

Mi mamá nunca tuvo la certeza de quien fue su padre, supone que era un hombre que de vez en cuando llegaba a su casa, muy temprano antes que el sol naciera... Un hombre alto y delgado, de acento raro que no se atrevía a mirarla a la cara, la presencia de él molestaba a mi abuela, la aturdía, la inquietaba y lo justificaba diciendo que era un hermano perdido, que había aparecido después de años y que ahora sólo buscaba dinero.

Mi madre perdida entre las joyas y el maquillaje de mi abuela, sólo sabía ceder... Como cedió aquella noche que mi abuela decidió viajar por el mundo con una conquista extranjera y la llevo a casa de aquel tío recién aparecido, "Bien." pensó, al menos ya no tendría que estar sola o al cuidado de la servidumbre... Todos los días amanecía esperando que fuera el último de aquella larga visita, todas las noches deseando que el tío no entrara de nuevo a su cuarto a sobar sus nalgas...

Años después, en un momento de lucidez entendió que aquel tío, nicaragüense, era en realidad su padre y no ese gringo despistado que le había regalado un apellido: **Myers**, en realidad no existe, en mí, en mi árbol... pero lo llevamos mi hermana, mi hermano y ahora mi hija... así que de alguna manera ahora comienza a significar algo...

(Tricia)

Y así mi madre, poco a poco fue descubriendo cosas, intuitivamente delimitando lo blanco y negro, deseando ser quien no era, reconociendo y reconstruyendo a cada paso una identidad perdida, inexistente.

Lo intentó, lo sé, intentó muchas veces ser "normal", -what ever that means- ir a la escuela, casarse, sacar buenas notas, tener amigas, trepar árboles, jugar a las muñecas, crecer, tener novios, trabajar, casarse... fracaso en todos y cada uno de esos intentos. Lo único que sabía bien era llorar, reír y ser libre... Volando, siempre cargando un costal de piedras que nunca la dejó llegar muy lejos!

Y aparezco yo... germinando en un vientre de un cuerpo hermoso y una alma solitaria y confundida, tratando de cumplir la expectativa, intentando por segunda vez cumplir las reglas, ya que la primera vez, con el embarazo de mi hermana a los 14 años, las cosas no habían salido muy bien... Aparezco como una esperanza de lograr un cambio, de ver la luz o llegar a la meta, de la felicidad me imagino –lo que sea que eso signifique-

Y bajo del cielo a su cuerpo una noche lluviosa en un cuarto de azotea en la colonia Narvarte, esa noche fue el sexo de reconciliación de una esperanza perdida, según ella mi papá ya no la quería y entonces espero a fuera de su cuarto hasta tarde, esperando en silencio debajo de la tormenta, lavando sus penas... y fue esa noche que se embarazó de mi...

Nací después en un hospital perdido de Satélite, nací de la unión de dos seres que aún no habían nacido, pero imagino que con toda la esperanza de un nuevo comienzo, de esas esperanzas irreales que te dan los hijos, de pensar que a partir de ellos todo estará mejor... Creo que me amaban, mucho, a su manera... Pero mi mamá no sabe quedarse y mi papá no sabía que hacer de mí.

Mi madre se llama Patricia, **Tricia** sería el nombre que mi mamá quería para mí, un poco como ella pero diferente, así yo no crecería con la maldición de que me dijeran Paty... esa era la justificación, pero en el fondo creo que su intención era pasarme un poco de su magia, lo suficiente para volar, en menos medida para no destruirme...

(Docyhla)

Mi mamá se iba por las mañanas, también desaparecía por las tardes... mi papá despertaba a tocar el piano y la guitarra... dicen había una señora que me cuidaba, que un día escapó a bautizarme, que seguido me encontraba llorando de hambre, mi mamá nunca estaba y a mi padre se le olvidaba que los niños comían... pero cuando me abrazaba y llevaba con él, lo acompañaba en su música, dice que un día me sentó con el frente al piano y toqué Do – Si – La... Mi segundo nombre no se pronuncia con palabras, para llamarme debes de entonar y cantar...

(Gerardo)

Me papá siempre me ha parecido un niño, frágil, pero con una luz tan grande que podría iluminar una ciudad entera, pero frágil y temeroso... Nunca he sabido si quería ser padre, creo que él tampoco sabía, se casó obligado por mi abuela materna, cedió obligado por las circunstancias... me imagino que con el tiempo, ahora me quiere más, somos amigos, buenos amigos, me respeta y me admira, y yo a él... ahora trata de ser un buen padre-abuelo para mi hija, lo intenta... en mi familia siempre nos quedamos en el intento de ser... pero el intento y sincero, a veces es complicado cuando se llevan heridas profundas que no sabes cómo sanar...

Una de sus principales heridas fue siempre el rechazo de su padre, sólo fueron dos hermanos; mi tío se fue a vivir con el padre y mi papá con mi abuela... pero el señor nunca lo quiso, tanto así que nunca me quiso conocer a mí... Supuestamente fue un hombre rico y poderoso de Mexicali, sepa... Mi papá sufrió ese rechazo, y nunca lo dejó crecer, condenándolo para toda la vida a ser un niño temeroso, olvidado, perdido... hasta que un día se liberó, muchos años después, la verdad flotó: no era su verdadero padre, por eso el rechazo y la falta de amor...desconozco con detalle la historia, sólo sé que a mi abuela la violaron, que él nació de ahí... y que este señor siendo su esposo le dio el apellido: Gerardo.

A veces me gusta inventar cuales serían mis verdaderos apellidos... Tricia Docyhla González Ruiz... tal vez.

El recuento de los años...

No guardo muchos objetos, he comenzado tantas veces y en tantos diferentes lugares que es difícil mantener cosas, lugares, olores, sabores, sólo cargo unas cinco fotografías que siempre me acompañan: una de mi madre cuando era bebé, otra de mi hermano y yo fumando y bebiendo en una boda, una de mi hija recién nacida, un atardecer de hace muchos años en La Paz, y la última de mi papá con su esposa... No sé porque esas fotos en particular, no sé porque de ellos, y no de otras personas, tal vez porque todo lo demás se quedó en mí.

La constelación de mi vida está marcada por momentos, ciudades, acentos; el mapeo de mi vida no he logrado registrarlo en objetos, además como dice mi abuela: *todo pierdo...* Tal vez alguna cicatriz física induce algún recuerdo, pero de esas tampoco tengo tantas...

Puedo hacer un recuento de todas las ciudades y países en los que he vivido desde que nació: 10

Casas en las que he vivido: 25

Amantes que he tenido: 78 (dejé de contar cuando me embaracé... no han sido muchos desde entonces)

Trabajos: 8

Amigos: 350 según Facebook, pero seguro han sido mucho más

Hay muchos recuerdos que se mantienen intactos en mi mente, otros son historias inventadas de mi percepción de la realidad, cuando era niña fantaseaba mucho en cómo me hubiera gustado que fuera mi vida, pero tengo claro los momentos de cambio, que la han re direccionado...

El primer gran cambio fue cuando vivía en la Ciudad de México y me avisaron que mi madre estaba en la cárcel, eso cambió todo, es como si me hubieran arrebatado de las manos de la poca infancia que me quedaba, aprendí a los 7 años la dolorosa lección de que nada es para siempre y que existirían en la vida un sinnúmero de

ocasiones en los que habría que dejar ir, aún a pesar de tus ganas, de lo que te esfuerces, de tu voluntad.

El siguiente giro en la historia fue cuando mi padre me encontró en Cholula, donde mi abuela me había escondido por un tiempo, sabía que en el momento que mi padre me encontrara no iba a existir vuelta atrás. El día luego, no había ido a la escuela, estaba en cama por gripa, veía una película de Capulina y mi abuela cocinaba un caldo de pollo, ese mismo día empaque mis cosas y me fui a vivir con él a Estados Unidos, un nuevo país, nuevos paisajes, nuevas maneras, nuevas formas, pero sobre todo un nuevo amor, el amor de un padre que no sabía ser padre, y la convivencia de su esposa, que no tenía el mínimo interés de ser madre, ni de darse cuenta, hasta la fecha, de que tiene un gran problema con el alcohol... Seguía obteniendo aprendizajes no deseados a mi tierna edad, por primera vez sentía lo que era la soledad, pasaba innumerables noches y días sola en aquella mansión, asustada de salir de mi habitación, asustada de ver la piscina iluminada de azul que gritaba con su silencio y desolación, la madera que crujía y me recordaba a cada instante que estaba lejos de casa, de gente que me quería, lejos de ser escuchada o sentir amor, y cuando aquella casa era habitada sólo eran peleas, alcohol, discusión... una mujer que poco podía articular palabras y me recordaba que mi madre había desaparecido, que no me había querido, que se había ido, y que seguramente nunca regresaría...

Y así, con aprendizajes impuestos y otros buscados, se fue haciendo el mapa de mi vida... Sin la colección de muchos objetos, sólo el recuerdo de voces, aromas, ciudades...

La fe como estrategia...

Cuando era pequeña no soñaba con ser artista, cantante, ni actriz, yo quería ser psicóloga de niños, específicamente... deseaba que todos los niños con cualquier problema tuvieran alguien con quien hablar, alguien que los escuchara, que los hiciera sentir importantes, únicos, merecedores...

Lo años pasaron, la idea seguía firme en el corazón, pero la vida sucedía, como nos sucede a todos, a trancazos, sacando de vez en cuando la cabeza del agua para no ahogarnos.

Como ya lo había mencionado, me considero promedio, estándar, también en inteligencia académica, soy malísima en historia y más en geografía, no sé nada de álgebra, ni de cálculo diferencial, hasta hace muy poco comprendí mejor cuestiones básicas de física, química y biología... pero en lo que si me considero una de las mejores es en el arte de renacer, en ocasiones incluso sobrevivir a mí misma... y justo esta estrategia perfectamente bien configurada consiste en la ley del menor esfuerzo, en tener lo básico para poder seguir caminando, en no dejar huella, pasar desapercibida, hablar suave, pisar lento, no sobresalir, infiltrarme en donde sea, esparcirme sin dejar rastro, sólo sobrevivir... pero siempre con ese incontrolable

placer por descubrir el lado b, la otra cara de la moneda, la versión oscura de las cosas me delataban, no creo en las superficies, instintivamente sé que siempre hay algo más allá... Y es que, si uno mantiene los ojos bien abiertos, pero bien bien abiertos, o bien cerrados, siempre se puede ver más! ¡Como dice el Principito!

También tiene que ver con algo de miedo, incluso de pánico, no arriesgar demasiado para no caer tan bajo... sólo buscando la estabilidad suficiente para seguir caminando, seguir en la búsqueda, aún no sé bien de qué...

De pronto llego el momento de entrar a la universidad, de escoger qué sería de mi vida, qué le dejaría al mundo, pero en esos momentos yo sólo buscaba escapar de todo, de todos, salirme de casa, poner distancia y decidí que estudiaría psicología en Guadalajara... pero la libertad tenía un sabor exquisito, me sentía lista para comerme al mundo, sin saber que todos los demonios resurgirían sin cara ni nombre, sin darme cuenta que era el inicio de la historia de mí, la que yo forjaría, la que yo decidiría, en donde no habría nadie más para atarme, pero tampoco para impulsar el vuelo.

Olía tan bien la libertad, caminar sola, pero a veces llegaban las noches ensordecedoras que se comían mi cerebro poco a poco con tenedor.

Creo que fue entonces cuando descubrí que la tristeza puede ser un refugio, y ha sido mi aliada desde entonces, descubrí el placer de las lágrimas y como es que te hacen sentir que vuelas después de una larga sesión de llanto, en una ocasión lloré más de una semana corrida, era época de lluvia, decidí no ir a la escuela, deje correr incansablemente el disco de Ok, Computer de Radiohead, lloré, y lloré y lloré y lloré, todo lo que no me había llorado hasta entonces, lloré por mi niña perdida, mi padre, mi madre, por todo lo perdido... El dolor es igual a la extrema alegría, te hacen sentir real, viva.

Al final terminé cambiándome de carrera, la psicología requería mucha atención de mi parte, tiempo que yo no tenía, la universidad poco importaba lo único que quería era sentirme viva, triste o feliz pero viva, y buscaba cualquier oportunidad para sentirlo, cualquier cosa que estimulara esos sentimientos, me exponía a que me rompieran el corazón a la menor provocación para sentirme profundamente triste, iba a todas las fiestas que me invitaban, probaba todas las drogas que se atravesaban para sentirme profundamente feliz. Y en el inter, en el rebote entre un estado y otro me iba conociendo, enmendando el alma y terminando una carrera que no me ha llevado tal vez a los caminos deseados, pero me trajo hasta aquí...

Saliendo de la universidad decidí viajar, se seguía tratando de mí, de recolectar poco a poco los pedazos rotos y después del trágico comienzo con mi padre y su esposa, había la oportunidad de intentarlo de nuevo, pero ahora en Nueva York y yo más grande y más fuerte y las palabras ya no me dolerían y los insultos ya no lastimarían y así yo ya estaba lista para la embestida.

Camine cada una de las calles de Manhattan, tome todos los autobuses que me llevaron a todos los rincones, recorrí la ciudad de día y de noche.

Cuando regresé del extranjero comencé a trabajar en la Ciudad de México en educación, la cosa fue creciendo hasta llegar a ser parte de importantes equipos de académicos que dirigían programas educativos a nivel federal, pero mi huella real no la dejaba ahí, la dejaba en los abrazos, las risas, las largas noches de fiestas infinitas, lo mucho o poco de mí que dejaba en la gente que me rodeaba, y es que con el tiempo aprendí a ser buena amiga, a querer bien y mucho a la gente que entraba en mi vida.

Luego llego ella, sin quererlo, intempestivamente, como una promesa absoluta que transformaría mi vida, yo me sentía omnipotente, creía poder sobrevivir a todo, a diario lo hacía.

Fue un embarazo solitario, mi familia había desaparecido de la ciudad, no contaba con nadie, más que con mis amigos, con los que han dejado huella.

En medio de una sala de operación, rodeada de gente desconocida, llego a mí, me vió con sus ojos grandes de universo, no lloraba, sólo veía y así la conocí... por un momento sentí pánico, quería salir corriendo, pero estaba atada a una camilla, con el estómago abierto, no había vuelta atrás, ya no podía huir... había elegido a mi destino y ella me había elegido a mí; desde ese día deje de ser sólo yo, ahora seríamos dos contra el mundo, pensé que no podría contribuirle de mejor manera al mundo que criando a un ser humano libre y feliz...

Tardé 8 años en regresar de nuevo a mí, volverme a replantear quién era yo y que quería dejar como testimonio de lo que fue mi vida, a alguien de algo le serviría lo que he hecho, lo que he vivido, comencé de nuevo a preguntarme qué me podía hacer feliz, intentar la isla abandonada en la que me había convertido, comencé por manifestar mi cuerpo a través de la danza, y ahora un poco después a escribir...

Tras bambalinas...

Cuando era niña mi mayor deseo fue ver a mi mamá feliz, ser su cómplice y compañera, no recuerdo otro deseo más que ese, nacía de mí ese impulso que se convertía en un anhelo, hasta llegar a ser una necesidad.

De niño no se entienden muchas veces la complejidad de las situaciones, pero generalmente se está abierto y susceptible a la verdad, a las necesidades más básicas y esenciales.

Y siempre había algo en su mirada, en el tono de su voz, en el estruendo de su carcajada que me hacía sentir que estaba profundamente triste, que no era feliz y que no lo había sido desde hacía mucho tiempo.

Pero de niña nada podía superar su sonrisa, así que me empeñaba las pocas y raras veces que la veía a tratar de hacerla feliz.

Me convertí en una especie de sombra compañera.

Recuerdo haberla acompañado a todas sus fiestas, siendo agradable a todos sus amigos, sin cansarme, sin quejarme de ya quererme ir, mientras ella bailaba y reía.

Recuerdo acompañarla a todos sus ensayos de teatro y convertir las butacas en mi patio de recreo favorito.

Recuerdo haber querido profundamente a todos sus novios para que le regresaran un poco de amor correspondido.

Recuerdo haberme sentado cada tarde a esperarla en la ventana de la sala, y abrazarla como si nunca se hubiera ido, cada mes o dos meses que la veía.

También recuerdo el día que me enteré que estaba en la cárcel, y pensar y estar tan segura a mis 7 años de edad, que nada detendría nunca mi amor por ella.

Así de inmenso es el amor de los niños, y así todos mis sueños y deseos se concentraban ahí.

Después de que ella se fue, comenzaron los cambios, las mudanzas, los viajes, las diferentes ciudades y países, entonces mis deseos se convirtieron más en un instinto de pertenecer, de seguir, de estar bien, de reconocermme cada vez que había que empezar de nuevo y de tratar de no olvidar el amor a mi madre, que inevitablemente, con los años, junto con su recuerdo se fue desvaneciendo.

Con el tiempo y la edad los deseos se convirtieron más específicos, por ejemplo, cuando llegue a Estados Unidos, deseaba que mi madrastra dejara el alcohol y de lastimarme, cuando me di cuenta que eso no sucedería, concentré todos mis deseos en pertenecer, en apropiarme del lugar y tratar de ser feliz, hablar inglés y convertirme en un personaje más de las series televisivas gringas: una porrista risueña y popular de la que se enamoraba el capitán del equipo de futbol; poco después desee ser pandillera, la chica mala, para finalmente huir de casa.

Regresé a México y me refugié en La Paz, y todo ahí fue feliz, deseaba ser amada y lo era, deseaba brillar y eclipsaba con el sol todos los días, deseaba ser escritora de teatro o psicóloga y después de unos años partí a Guadalajara a iniciar la universidad.

Ya viviendo sola, expuesta al mundo, algo raro pasó dentro de mí, todo comenzó a colapsarse, me invadió una profunda tristeza y de mis ojos comenzaron a brotar todas las lágrimas retenidas por 17 años, por mucho tiempo mi único deseo fue reconstruir mi corazón que sin darme cuenta había estallado hacía muchos años en mil pedazos y la soledad me obligaba a restaurarlo.

Deseé cortar lazos y me volví económicamente independiente, y así con 18 años deseé ser libre y lo fui, abriendo mi vida a todas las experiencias que aparecieran.

Después de 6 años, 1 carrera, 3 trabajos, 1,452 fiestas y 289 drogas de diseñador, deseé hacer las paces con mi pasado y regresé a NY con mi padre, después de un tiempo a la Ciudad de México, al reencuentro con mi madre, mi hermano, mi hermana, mi abuela.

Al poco tiempo deseé ferozmente a un argentino celestial, desee casarme y formar una familia con él... al término de un par de años de intentar lo primero, nunca llego lo segundo y yo deseé seguir mi camino y el deseó huir del país... Unos meses después de eso deseé dar vida y afrontar el mayor reto de mi vida y lo logré...

Y justo en estos momentos, precisamente estoy en búsqueda de mi deseo, el que llene mi alma, mi cuerpo, mi alma, mi tiempo y corazón. Cobijarme y obtener claridad de mis anhelos; también deseo recuperar un poco de fe.

La historia de ella...

Esta es la historia de ella, la niña que camina descalza por la acera y a cada uno de sus suspiros cambiaba los colores del arcoíris.

Cuentan que nació en un nido vacío, con poca agua y a veces muriendo de frío.

Yo fui testigo a lo lejos, por la ventana de mi habitación, cuando dió sus primeros pasos. Siempre descalza, comenzó a caminar sigilosamente por la acera de enfrente, con la mirada fija, pero sin rumbo, cada tercer movimiento llenaba sus pulmones con el aire fresco de amanecer, sus pasos cimbraban hasta el centro de la tierra, con el mismo soneto que el de las bestias gigantes de todos los tiempos; sus diminutos pies continuaban por instinto, sin saber a dónde, pero segura que debía llegar, y por el mismo instinto cuando se ocultaba el sol que era necesario regresar.

Cuando obscurece cualquier cosa puede suceder, era indispensable aprender a observar minuciosamente con los ojos cerrados.

Sus ojos nacieron tatuados de maravillas, imperceptibles a la luz cegadora que emanan las cosas inútiles del mundo.

Su nido fue creciendo con los años. Brotaron como manto, diminutas e imperceptibles hojas de raíces profundas, que florecían cuando el sol se escondía, además de otras que recolectaba en sus largas caminatas entre las calles desoladas de la ciudad que agonizaba, pero la había visto renacer cada vez que fuera necesario.

Cascadas de colores que sólo eran capaces de reproducirse en su cabeza, bailaban con abrazos infinitos con los olores recolectados durante las noches de rescate de aves migratorias.

El olor y el tacto desarrollaron un gusto íntimo a la obscuridad; desenvolviendo la belleza intrínseca, escondida detrás de palabras, basureros, vitrinas, de todas las bestias rechazadas, reprimidas, satanizadas.

A todas las acogía por igual, con un cálido susurro las invitaba a su jardín; y así, poco a poco su nido dejó de estar vacío. Ahora habitaban sin temor las flores, las plantas, los monstruos, los demonios y la noche, en ocasiones unos breves desplantes de luz caprichosa.

Cada que la luna se ocultaba, imparable, recorría de nuevo el camino, dejando huellas descalzas, siempre atenta al murmullo del silencio y a la plenitud de la soledad. Se debía ser muy cauteloso, siempre, inevitablemente con los ojos cerrados descubría entre las sombras quien necesitaba ser llevado al nido para su coloración.

La estrella que la guiaba realzaba la luz los de animales más temibles que salen por las noches, pero sólo los que pueden ver con los ojos cerrados descubren su verdadera belleza.

Y de nuevo regresaba, con la noche como su aliada que cobijaba con sus alas de atento silencio y la guiaba de regreso besando vacíos.

Con el paso lento y seguro regresaba cansada y feliz, con la espalda llena, los pies mojados, los ojos cerrados y la cálida certeza que habría sobre la mesa un té caliente de canela a su llegar.

Ventanas al mar

Fue una etapa complicada en mi vida: más de un año con las manos vacías...

Primero desapareció mi familia. Un día llegué a la casa en la que crecí y no había nada, nadie...

Pero ¿dónde?

¿Dónde estaban todos? Nadie atendía a la puerta y el viento soplaba melancólico los banderines de colores que indicaban su venta. Sería de alguien más la casa en la que crecí... y yo no sabía, y nadie me dijo, y estaba vacía.

Pero ¿cómo?

Era imposible, mi abuela me había entregado su testamento que especificaba, puntualmente que esa casa no podía venderse sin el consentimiento de todo los involucrados – Mi mamá, mi tío, mi hermana, mi hermano y yo – yo era la albacea,

legalmente tenía un compromiso con mi familia y de pronto, de la nada, todos habían desaparecido.

Pero ¿cuándo?

Había hablado con ellos hacía un par de semanas, mi abuela ahora estable de salud, y mi mamá había aparecido para hacerse cargo; mi hermana vivía en el departamento de arriba con su esposo y dos hijos, y ellos administraban las rentas de los otros departamentos y los gastos de la casa. La última vez que los vi, todo estaba bien, seguía teniendo una habitación a donde llegar, aunque desde hacía un año yo vivía con Ramiro. Pero esa era mi casa, mi sala, mi cuarto, mis escaleras de madera que me daban pánico cuando bajaba a la cocina a servirme un poco de leche, mi jardín dónde mi abuela ponía una alberca inflable los días de calor, mi cocina donde comía tacos de pollo con salsa de vinagre...

¿Por qué?

¿Por qué habían huido sin decir nada? ¿Por qué me habían querido tan poco como para no tomarme en cuenta? ¿Por qué me habían despojado de esa manera de mi casa y de mi familia?

Ramiro me ayudó a buscarlos, a indagar lo que había sucedido, al parecer mi cuñado con la ayuda de mi hermana y de algún abogado cambiaron el testamento de mi abuela y vendieron la casa, sin el consentimiento de mi abuela porque ella no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión y sin el de nosotros, o al menos el mío, que después de ese momento fue como si se los hubiera tragado la tierra.

Ramiro me apoyó mucho siempre. Cuando quise sacar a mi mamá de las calles, accedió a llevarla a vivir a la casa; cuando desapareció mi familia, me ayudó a buscarlos, yo lo amaba, y él me amaba a mí, pero yo deseaba una familia y de eso él no quería saber nada... Yo quería algo mío, un hogar a donde llegar, con unos hijitos, un esposo, un patio y un perro. Él provenía de un hogar muy sólido, funcional, con una madre que lo amaba y un padre que daba la vida por él, con sus hermanos que viajaban desde Argentina hasta México sólo para pasar vacaciones a su lado, era profundamente amado y no le interesaba mucho lo convencional, como comprar una casa, tener hijos, ni perros... pero me amaba, como yo quisiera, cómo yo entendía...

Varias veces pensamos estar embarazados, nunca resultó. Él terminó su doctorado y decidió que ya no quería saber nada de la ciencia; yo, trabajaba mucho para mantener sólido nuestro pequeño hogar, pero todo se fue desgastando... Mi necesidad de sentirme parte de algo más trascendente rebasó su capacidad de sólo amarme.

La separación fue inevitable y dolorosa, sucedió cuando el más me amaba, pero cuando yo más tenía la necesidad de sentir algo mío, una meta, palpar el futuro.

Y así de pronto me quede sola en la ciudad más grande del mundo, sin pareja, sin familia, sin hogar. Sentía que no tenía otra opción más que llegar hasta lo más

profundo del abismo, confrontar todo, de una vez, al mismo tiempo, total, ya no tenía nada que perder.

Llegué a un bar y busqué a la persona con el alma más retorcida que habitara ese lugar y lo invité a que me acompañara a mi obscuridad.

Después de esa noche estuvimos tres días sin salir de su cuarto de azotea, fornicando y fumando piedra. Y así comenzó mi descenso, estaba dispuesta a dejarlo todo en el camino.

Fue la única manera que se me ocurrió de vencer mis miedos, de apoderarme de la ciudad, de lidiar con los duelos. Si la lealtad y el amor no habían importado, tampoco me importaba la vida.

5 meses y 20 kilos menos, como era de esperarse todo se salió de control. Cuando sentía que yo ya no podía más, recé todo una noche, sin dormir, sentada en el piso, viendo por la ventana, pedí a Dios me ayudara, me diera una señal, me confesaba incapaz de salirme de ahí, ya no podía estar sin fumar, mis amigos se habían alejado, estaba a punto de perder mi trabajo. Y él, Dios, que siempre ha respondido a mis necesidades, lo arreglo, al día siguiente, Joy – el hombre que conocí en el bar- llegó muy intoxicado, me golpeo hasta dejarme inconsciente y me encerró en una habitación, después trató de incendiar el departamento, reaccioné y logré pedir apoyo. Me fui, no regrese, tampoco volví a fumar. Dios, había hecho el milagro.

Después de eso las cosas más o menos se normalizaron: regresé a mi trabajo, a mi departamento, a mis amigos.

Una noche de fiesta conocí a un chico, alto, rubio, con una cara hermosa, una sonrisa divina y un acento argentino que inevitablemente me derretía; yo estaba un poco aburrida de los encuentros casuales, del sexo anónimo, había prometido tener una vida más sustancial, pero ese chico era una oportunidad única, difícil de pasar.

Nos fuimos a mi departamento, en la mañana que se despidió confesó que se le había roto el condón, yo prometí tomarme la pastilla de emergencia y lo hice.

Pero el destino es inevitable y un par de semanas después supe que estaba embarazada, de nadie, de un hombre sin nombre, sin pasado, ni futuro.

Y así, una mañana descubrí, que de no tener nada, de pronto lo tenía todo. Decidí ser madre, ofrendarle eso al mundo: un ser pleno y feliz, quien sería amado y respetado con toda mi capacidad desconocida.

No ha sido fácil, la idea era mucho más romántica cuando sólo era una ilusión, pero todos los días despierto con la misma misión, darle todo lo que está en mis manos para que ella sea la mujer que desee ser, para que tenga todas las herramientas de ser feliz y plena.

Además, poco a poco he aprendido a ofrendar todos los días mi amor.

Mi ofrenda y mi meta es convertirme conscientemente en una fuente inagotable de amor hacia todos y todo lo que me rodea, no ha sido fácil para mí, pero cada día me siento más cerca.

El silencio y el altar.

Resucito con frecuencia en lo grotesco, lo inmoral, el escándalo, el descontrol, la desnudez, el hedonismo y el cinismo. He habitado en momentos que por sí mismos son tinieblas para otros, pero han sido un paraíso de libertad para mí.

Creo que la oscuridad es el estado más sincero del ser, no se puede ser feliz si no haces las paces con tus sombras, si no escudriñas tus recovecos, si no te haces dueño y responsable de tus miedos.

Aunque a veces las tinieblas son sutiles, muy en lo profundo o en la superficie, casi imperceptibles. Ahora descubro otras oscuridades. Es fácil encontrarme en las sombras ajenas, pero entre las mías, no es tan sencillo navegar.

Hay días en los que me da miedo no regresar de la locura, literal, perder la realidad, dejar de tocar piso, sumergirme sin regreso en mi infinito imaginario, sin reconocer que he abandonado el punto común con todos los que me rodean. Temo un día despertar decidida a no volver a pronunciar palabra, dejar mi hogar, sin ninguna intención de reconocer a mi gente, mi espacio, mi rumbo.

Otras veces me da miedo la capacidad que tengo para dejar de sentir, para mí es muy fácil ponerlo todo en pausa, abstraerme y olvidar que algún día te quise. Aunque, sí quiero, y quiero mucho, otras veces, muy pocas, también amo, pero puedo sin titubear, poner pausa a lo que siento por cualquier persona, en cualquier circunstancia, incluso lo que siento por mí; cuando eso sucede, cuando se apaga la luz, mi mente se convierte en un desierto de ecos infinitos sin resonancia, y puedo seguir, caminar, actuar, bailar y besar, en automático, pero en realidad no veo, no escucho, ni entiendo, y eso me asusta, después de un tiempo me hace reaccionar mi deber, en ocasiones la culpa, que muchas veces me domina y me controla.

¿Qué pasaría con mi hija si un día no regreso?

También he querido muy poco a personas que me han querido mucho y es que no me gusta sentirme necesitada, me asfixia y sofoca, me da pánico sentir que debo hacerme responsable de su felicidad...

No me enorgullece mi falta de claridad, no ser agradecida, mi abstracción, mis profundos silencios, mi indiferencia, cuando mi corazón se ausenta y no sabe conectar.

Soberbia, distraída, malagradecida, cínica y descarada, también soy.

Hay pocas cosas que son inamovibles, que las tengo muy claras: no miento, no robo, no quito, no peleo, no voy en contra la voluntad del otro, no llego tarde, no faltó a mi palabra. Pero si he llegado a matar.

La primera vez que asesiné mi sueño tenía tal vez 18 años, conocí a un chico, Ricardo, era alto, muy alto, delgado, de piel morena, de ojos rasgados, de nariz respingada y labios carnosos. Yo vivía en Guadalajara y estaba en la universidad, había decidido jugar a ser independiente y conseguir trabajo. Reclutaban gente para un bar nuevo que se abriría en la ciudad, era un gran proyecto, innovador, de varios pisos, temático: *Amsterdam*, prometía ser fuente inagotable de diversión; fuimos 20 los seleccionados para ser entrenados como meseros, y así fue, podía viajar al *Amsterdam* todos los días.

Ahí lo vi por primera vez, entre los plásticos de remodelación y la construcción a medias, ¿cómo no verlo? si lo abarcaba todo, aquel gigante de mis sueños de durazno; ese que podía ver todo aquello que yo no podía, gigante que el sol acaricia primero y mis besos tardarían más en llegar a su boca. Despertó el sueño en donde era el único que podía arrancar la flor de su gigante jardín y mi gigante deseo.

Entrar todos los días por esa estructura metálica, significaba retomar el sueño que se había quedado pendiente un día anterior. Todo era un juego: él cazaba mis miradas, las acorralaba, las intimidaba, las mordía y antes de que murieran las dejaba regresar a mí.

Varias veces me dejó esperando su llegada hasta que por fin caminamos juntos a una subasta de arte. Todo estaba sobreentendido, solo hacía falta el tacto y la noche, las ganas habían tenido ya varios encuentros, pero él de pronto desaparecía y yo no lo buscaba; una noche llegó sin invitación a mi casa, con su piel de cobre que brillaba y su mirada que no miraba. Me platicó que quería huir, deseaba escapar a cualquier lugar donde nadie conociera su nombre, en donde nada le recordará lo que hasta ese momento había sido.

Después de platicar un rato llegó el momento tan esperado, la penetración y la culminación de los sueños. Su piel era sueva y también su boca, que se adhería a cualquier parte de mi cuerpo.

Eyaculó dentro de mí y después confesó tener novia.

Al poco tiempo supe que estaba embarazada, en aquel entonces, con aquella ignorancia e ingenuidad, pensé que eso nunca me sucedería; tenía mucho miedo, se me veía en los ojos, así descubrí que la vida no es un juego, sentí pánico al eterno y al compromiso.

Tenía que decirle, tal vez había llegado el momento de formar una linda familia, lo busqué en la escuela de artes plásticas donde estudiaba, estaba dispuesta a todo,

ensayé en mi cabeza cada palabra; subí a un gran ático de madera, entre pisos llenos de aserrín e instrumentos para esculpir, lo encontré al fondo, junto a una pequeña ventana esculpiendo una pequeña figura.

Nos vimos y hubo un silencio prolongado, se me había olvidado todo lo ensayado, crecía en mí el sentimiento de estar destruyendo su vida. Deseaba salir corriendo, asumir las consecuencias, ser madre soltera, en el fondo sabía que de todas maneras sería mejor así... Pero no pude correr, ni hablar, ni callar, ni mirar, ni nada...

Después de unos minutos se acercó y me abrazó como si supiera lo que estaba pasando, platicamos poco, hubo muchos silencios, pero al final decidimos intentarlo, él le diría a su novia y yo a mi familia, al día siguiente había un temazcal cerca de la ciudad y ahí se sellaría nuestra promesa, llegó el día, pero él no, sin embargo, estaba decidida a tener a mi hijo. Me dirigí a la Ciudad de México a informarle a mi familia, entre asombro y llantos todos parecían estar tranquilos con la noticia; les dije que sólo necesitaba apoyo moral, ni siquiera dinero, seguiría estudiando y trabajaría para sacar a mi hijo adelante. Mi hermana habló con mi papá, que se encontraba en Estados Unidos, ya todos sabían, la decisión estaba tomada y yo era feliz, sentía una infinita ilusión que me colmaba.

Mi hermana dijo que me llevaría al ginecólogo para asegurar que el embarazo marchaba bien, llegamos a un consultorio obscuro, en un edificio obscuro, en una zona oscura de la ciudad; entré, me anestesiaron y cuando desperté, ya todo había pasado, ignorante e ingenua había permitido que arrancaran de mi vientre la ilusión. Todo el valor, las lágrimas, los sueños, los planes y la esperanza habían sido en vano.

Regrese a Guadalajara con las manos vacías: sin temores, pero también sin ilusión.

Ricardo me buscó tiempo después, al parecer sí había llegado a la cita del temazcal, pero yo me acaba de marchar, al parecer me buscó desesperadamente mientras yo estaba en la Ciudad de México y no supo dónde encontrarme. Ya le había dicho a su novia y una vida nos esperaba en Puerto Vallarta donde alguien le había ofrecido un trabajo; cuando intenté explicarle como había sucedido todo, me odió, se sintió traicionado. Ahora, después de todo, él también se quedaba con las manos vacías; su esfuerzo, su coraje y su valor también habían sido en vano.

Un año después me volví a embarazar, de un hombre horrible por dentro y por fuera, desde que me di cuenta que esperaba un hijo de él supe de inmediato que no lo quería. Si me habían arrancado la oportunidad de ser madre, el hijo de este hombre no ocuparía su lugar. Sin titubear decidí abortar, al final, ya era un camino conocido para mí.

Mucho tiempo después crecía una niña dentro de mí, estaba lista para redimir mis pecados, para ofrendar a la vida con todo mi esfuerzo de ser una gran madre, para

convertirme en la heroína del amor. Desde que nació mi hija retomé las ansias de querer formar una familia, darle hermanos, encontrarle un padre amoroso con quien compartir nuestras vidas.

Cuando ella tenía 6 años, apareció un viejo amigo, estaba de vacaciones por mis rumbos y decidimos tomarnos un café y platicar. Una tarde se convirtió en noche, la noche en días, la magia surgió y de pronto tenía frente a mí lo que aparentemente había añorado desde hacía tanto: un hombre sensible, inteligente, creativo, con el corazón noble y un pasado tortuoso, que consideraba indispensable para que entendiera de dónde vengo y hasta donde quería llegar... Regresó a visitarme varias veces, pasamos juntos navidad; nos entregamos sin condiciones al momento. Sin intención, me embaracé por cuarta vez en mi vida.

Cuando me enteré él ya se había regresado a su ciudad, le llamé temprano para darle la noticia, aún no despertaba y somnoliento escuchó, pero respondió que no, que él no estaba listo y no quería: no conmigo, no así, no ahora. Mi corazón estalló en mil pedazos al escuchar su respuesta, en ese momento estaba segura que no podía de nuevo soportar vivir un embrazo y la crianza de un hijo en soledad.

Tres vidas he arrancado de mi vientre, a las que les negué la oportunidad de ver el sol, de jugar, crecer, correr, ser feliz, ni enamorarse. Mis tinieblas moran ahí, entre los sueños e ilusiones que he dejado morir, también en la vida que no me permití conocer, porque no pude o no quise continuar.

Siempre he perseguido el amor romántico, aunque eso implicara, o precisamente por eso, ir en contra de las leyes de mi familia, donde sólo hay mujeres y para ellas el amor de pareja estorba y es sinónimo de debilidad.

Desde que era niña he querido ser muy amada, formar una familia, pero la vida ha tenido para mí otros planes.